

Nunca hay mal humor ni rebeldía en la obediencia, porque no hay antojos ni altanería en el mando, porque nada se exige que racional y útil no sea, y porque se respeta lo bastante la dignidad del hombre, aunque esté sirviendo, para no emplearle nunca en ocupaciones que le envilezcan. Por lo demás lo único que aquí se reputa por bajeza es el vicio, y todo cuanto es útil y justo es decente y honrado.

Si no se consiente ningun enredo fuera de casa á nadie le viene tentacion de fraguarle. Todos saben que la fortuna mas cierta para ellos pende de la de su amo, y que nunca les faltará nada mientras vean próspera la casa. Con servir cuidan de su patrimonio, y le aumentan, haciendo que se agradezcan sus servicios, y este es su principal interes. Pero esta voz no es aplicable aquí, porque nunca he visto organizacion política en que tan bien dirigido estuviese el interes y ménos influjo tuviese. Todo se hace por inclinacion; dijera uno que se purifican estas almas venales así que entran en esta morada de union y sabiduria; dijera que todos y cada uno de la familia participa de las luces del amo, y la sensibilidad del ama; tan benéficos, juiciosos, honrados y superiores á su condicion se muestran. Su primera ambicion

es hacerse estimar, apreciar y querer bien, y las expresiones de aprecio que uno les dice las estiman como en otras partes los regalos que da.

Estas son, Milord, mis principales observaciones acerca de la parte de la economía de esta casa que á los criados y jornaleros respeta. En cuanto al método de vida de los amos, y la educacion de los hijos, cada uno de estos artículos requiere una carta separada. Ya sabe Vm. con que ánimo he empezado estas anotaciones, pero de verdad todo esto forma tan hechicera pintura que para contemplarla no se necesita otro interes que la satisfaccion que causa.

(a) En España estése en el patio en pie, pero solo la gente vulgar es la que va á este sitio; en Francia al contrario van al patio los sugetos mas decentes. En Paris está ahora el patio sentado. (Nota del traductor.)

CARTA 11.^a

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO.

No, Milord, no me desdigo, nada se ve en esta casa que no reuna con lo útil lo agradable;

pero no se ciñen las ocupaciones útiles á las que dan dinero, sino que tambien comprenden toda diversion inocente y sencilla que mantiene el gusto de la sociedad, el trabajo y la moderacion, y conserva á quien se entrega á ella sana el alma y libre el corazon de la agitacion de las pasiones. Si solo tristeza y fastidio engendra la ociosidad indolente, el hechiso de un dulce descanso es fruto de una vida laboriosa. Solo para gozar trabajamos, y es nuestra verdadera vocacion esta alternativa de gozos y penas. El descanso que de desahogo á las pasadas tareas y de estimulo á las venideras sirve no es ménos necesario para el hombre que el trabajo mismo.

Despues que me hubo admirado el efecto de la vigilancia y afanes de la mas respetable madre de familias en el órden de su casa he visto el de sus recreaciones en un sitio apartado que ha hecho su paseo válido y que llama ella su Eliseo.

Muchos dias hacia que oia hablar de este Eliseo con una especie de misterio. Por fin ayer despues de comer, siendo inaguantable el calor casi tanto dentro como fuera de casa, propuso el señor de Wolmar á su muger que holgara aquella tarde, y que en vez de retirarse, como acos-

tumbra al cuarto de sus hijos hasta la caida del dia viniese con nosotros á tomar el fresco al vergel; consintió en ello y salimos juntos.

Este sitio aunque inmediato á la casa, está de tal modo oculto por la calle cubierta que de ella le separa, que no se le descubre por parte ninguna. El denso ramage que le rodea no deja que penetre la vista, y está siempre cerrado con llave con el mayor esmero. Apénas estuve dentro que, habiendo escondido la puerta unos alisos y avellanos que solo dos pasadizos angostos dejan á los lados, cuando me volví no ví por donde habia entrado, y me hallé allí como si hubiera caido del cielo.

Asi que entré en este pretenseo vergel me encantó una grata sensacion de frescura, que á lo ménos tanto como á mis sentidos hacian sensible á mi imaginacion sombras oscuras, una viva y animada verdura, flores por todas partes desparramadas, murmurio de una agua corriente, y el trinar de mil pajarillos; pero creí al mismo tiempo que veía el sitio mas selvático, mas hiermo de la naturaleza, y me parecia que era yo el primer mortal que hasta entónces en este desierto hubiera penetrado. Pasmado, embargado, arrobado con tan no previsto espec-

táculo, me paré por un instante inmóvil, y clamé luego con involuntario entusiasmo. ¡O Tinian, ó Juan-Fernandez (1)! Julia, el fin del mundo está á la puerta de casa de Vm. ! Muchos lo han dicho como Vm., dijo ella sonriéndose, pero en dando veinte pasos están de vuelta á Clarens; veamos si en Vm. dura el encanto mas tiempo. Este es el mismo vergel donde se paseaba Vm. en otro tiempo. y donde se peleaba con mi prima tirándose albérechigos. Ya sabe Vm. que era la hierba muy árida, que los árboles estaban muy claros, y daban muy poca sombra, y que no habia agua. Véale Vm. ahora fresco, verde, lozano, frondoso, florido, regado. ¿Cuanto piensa Vm. que me ha costado ponerle en el estado en que se halla? Porque le debo decir á Vm. que soy yo la superintendente, y que mi marido me lo deja enteramente á mi arbitrio. A fe mia, le dije, que solo negligencia le ha costado á Vm. Este sitio es delicioso, verdad es, pero agreste y abandonado; no veo en él trabajo humano. Ha cerrado Vm. la puerta, ha venido el agua no sé como; todo

(1) Islas desiertas del océano pacífico, célebres en el viage del almirante Anson.

lo demas lo ha hecho la naturaleza, y nunca hubiera Vm. sabido trabajar tan bien como ella. Verdad es, dijo ella, que la naturaleza lo ha hecho todo, pero bajo mi direccion, y no hay aqui cosa que no haya yo ordenado. Vamos, adivine Vm... Lo primero, respondí, yo, no entiendo como con trabajo y dinero se ha podido suplir el tiempo. Los árboles... En cuanto á eso, dijo el señor de Wolmar, notará Vm. que hay pocos muy corpulentos, y estos estaban ya, ademas de que Julia lo principió esto mucho tiempo ántes de su casamiento, y casi luego que murió su madre, que se vino aqui con su padre á buscar la soledad. Bien está, dije, una vez que dice Vm. que todos estos espesillos, estos vastos toldos, estas colgantes copas de árboles, estas florestas tan sombrías sean produccion de siete á ocho años, y fruto del arte, pienso que si en recinto tan vasto le ha costado á Vm. mil duros, ha sido muy barato. No echa Vm. mas que mil duros de mas, me dijo; no me ha costado nada. — ¡Como nada! — Nada; á ménos que quiera Vm. contar una docena de dias al año que trabaja mi jardinero, otro tanto dos ó tres de la familia, y algunos el señor de Wolmar que no

se ha desdeñado de ser algunas veces mi mozo jardinero. No comprendia la significacion de este enigma, pero Julia que hasta entónces me habia detenido me dijo dejando que me fuera: vaya Vm. adelante y me comprenderá. A Dios Tinian, á Dios Juan-Fernandez, á Dios todo el encantamento. Dentro de un instante estará Vm. de vuelta del cabo del mundo.

Púseme á recorrer extático este vergel así transfigurado, y si no hallé plantas exóticas ni producciones de Indias, encontré las del pais dispuestas y reunidas de modo que producian el efecto mas risueño y mas grato. El verde y denso pero corto y apretado césped estaba mezclado con serpol, almoradux, tomillo, mejorana, y otras plantas aromáticas. Se veian brillar mil flores campestres, entre las cuales distinguian los ojos con estrañeza algunas de jardin, que al parecer naturalmente con las otras crecian. De cuando en cuando encontraba espesuras impenetrales á los rayos del sol como en la selva mas enmarañada. Formábanlas árboles de la madera mas flexible cuyas ramas habian sido encorvadas, plantadas en tierra, y habian echado raices con un artificio semejante á lo que naturalmente sucede en América

con los manglares. En los sitios mas descubiertos veia acá y allá sin órden ni simetría matorrales de rosales, de sangüesos, de arbustos, de grosella, malezas de lilas, de avellanos, de saucos, de geringuillas, de retamas, de trébol, que ornaban la tierra, haciendo que pareciese que no estaba desmontada. Seguía las calles irregulares y torcidas que bordaban estos frondosos bosquecillos, y que cubrian mil guirnaldas de dulzamara, de solano trepador, de lúpulo, de albol, de brionia, de clemátide y otras plantas de esta especie, con las cuales se dignaban confundirse la madre selva y el jazmin. Parecia que estas guirnaldas se habian enlazado sin arte de un árbol á otro, como lo habia notado algunas veces en la selva, y formaban encima de nosotros una especie de toldo que nos preservaba del sol, miéntras que debajo de nuestras plantas teniamos una alfombra suave, cómoda y seca en un musgo fino, sin arena, sin hierba, y sin ramas ásperas. Solo entónces descubri, no sin estrañeza, que aquel verde sombrío y apiñado que tanto me habia pasmado desde léjos no era otra cosa que un monton de plantas reptantes y parásitas que enroscándose por el tronco de los árboles rodeaba su copa de

un denso follage, y su pie de frescura y sombra. Tambien noté que con el auxilio de una industria muy sencilla se habia conseguido que tomaran raiz en los troncos de los árboles, muchas de estas plantas, de suerte que se veian mas con andar ménos camino. Bien comprende Vm. que la fruta no gana nada con todas estas adiciones, pero solo en este parage se ha sacrificado lo útil á lo agradable, y en la demas tierra están cultivados con tanto esmero árboles y plantas, que aunque falta este vergel es la cosecha de fruta muy mas considerable de lo que ántes era. Si reflexiona Vm. en el gusto que algunas veces se tiene en ver en lo interior de un bosque una fruta silvestre, y refrescarse con ella, colegirá el que aqui se encuentra hallando en un desierto artificial frutas excelentes y maduras aunque contadas y de mala facha, pero que ofrecen la diversion de buscarlas y escógerlas.

Todos estos senderos estaban regados y atrevesados por una agua limpia y clara, que á veces entre la hierba y las flores en hilos casi imperceptibles circulaba, y á veces por un menudo y taraceado guijo que daba al agua nuevo brillo corria. Veianse las fuentes salir bullendo de la

tierra, y á veces canales mas hondos en que apacible y sosegada reflejaba el agua á la vista los objetos. Ahora ya comprendo todo lo demas, dije á Julia, por esas aguas que veo por todas partes... De alli vienen, replicó enseñandome el sitio donde estaba el terrado de su jardin. Es el arroyo mismo que en el cuadro de flores da á costa de mucho trabajo agua por un saltadero de quien nadie hace caso. No quiere destruirle mi marido por respeto á mi padre que le hizo. ¡ Pero con que gusto venimos todos los dias á ver correr en este vergel esta agua á que casi nunca nos arrimamos en el jardin! el saltadero echa agua para los forasteros, y aqui el arroyo corre para nosotros. Verdad es que he reunido á él el agua de la fuente pública que iba al lago por el camino real que echaba á perder en detrimento de los traginantes, y sin provecho para nadie. Hacia un recodo al pie del vergel entre dos filas de sauces que he metido dentro de mi recinto, y llevo la misma agua por otros caminos.

Entónces ví que no se habia hecho mas que hacer que estas aguas se deslizasen con economia dividiéndolas y reuniéndolas cuando convenia, disminuyendo el desnivel en cuanto era posible,

para alargar el circuito, y conseguir el murmurio de algunas pequeñas cascadas. Una capa de arcilla cubierta con una pulgada de guijo del lago, y sombrada de conchas formaba el cauce de los arroyos. A trechos corian bajo algunas anchas tejas tapadas con tierra y cesped á nivel del suelo, y á su salida formaban otras tantas fuentes artificiales. En varios sitios ásperos se levantaban por sifones algunos chorros que caian borbotando. Finalmente refrescada y humedecida así la tierra, sin cesar daba nuevas flores, y mantenía siempre verde y hermosa la hierba.

Cuanto mas este agradable asilo recorria sentia crecer la deliciosa sensacion que cuando entré en él habia experimentado; no obstante la curiosidad era lo que mas ansiaba por satisfacer, y mas ocupado me traia la vista de los objetos que el examen de su impresion, dejándome llevar de esta deliciosa contemplacion sin tomar el trabajo de pensar. Pero la señora de Wolmar sacándome de este distramiento, y agarrándome del brazo, me dijo: todo cuanto Vm. ve no es mas que la naturaleza inanimada y vegetal, y hágase lo que se quiera deja siempre una idea de soledad que entristece.

Venga Vm. á verla animada y sensible, allí es donde cada momento del dia le hallará un nuevo atractivo. Ya adivino, le dije; oygo un ruidoso y confuso gorgo, y veo pocos páxaros; sin duda tiene Vm. paxarera. Verdad es, dijo, acerquémonos á ella. No me atreví por entónces á decir lo que de la paxarera pensaba, pero esta idea tenia para mí algo de desagradable, y no me parecia concordante con las demas.

Bajamos por mil revueltas á la parte inferior del vergel, donde hallé reunida toda el agua en un cristalino arroyo que mansamente entre dos filas de sauces, muchas veces chapodados, se deslizaba. Sus cimas huecas y medio desnudas formaban unas especies de vasos de donde por el arte que ántes he explicado, salian follages de madre selva que parte se enlazaban en torno de las ramas y parte caia con gracia por las orillas del arroyuelo. Casi al extremo del recinto habia un estanque chico bordado de hierbas, juncos y cañas que servia de bebedero á la paxarera, y era la postrera estacion de esta agua tan preciosa y tan bien aprovechada.

Mas allá del estanque habia un terraplen terminado en el ángulo del coto por un montecillo guarnecido con una muchedumbre de

arbolillos de todas especies, los mas chicos en lo mas alto, y que crecian en tamaño á medida que estaba mas bajo el suelo, lo cual hacia el plano de las copas casi horizontal, ó manifestaba que debía serlo un dia. Delante habia una docena de árboles nuevos todavía, pero que debian un dia ser muy grandes, como hayas, olmos, fresnos y acacias. Los bosquecillos de esta colina eran el albergue de la muchedumbre de páxaros cuyo gorgéo desde léjos habia oido, y al abrigo de esta enramada, como debajo de un vasto parasol se veian revolotear, correr, cantar, provocarse, reñir como si nos no hubieran visto. Tan léjos estuvieron de escaparse cuando llegamos, que conforme á la idea en que estaba yo imbuido, creí al principio que estaban encerrados con un enrejado, pero cuando llegamos á orillas del estanque vi que bajaban muchos, y acercaban á nosotros en una especie de calle corta que dividia en dos el terraplen, y comunicaba del estanque á la páxarera. Entónces dando el señor de Wolmar la vuelta del estanque tiró en la calle dos ó tres puñados de una mezcla de varios granos que en la faltriquera llevaba, y así que se hubo retirado acudieron los páxaros, y se pusieron á comer

como si fueran gallinas, con tanta serenidad que luego vi que estaban habituados á este ejercicio. Me embelesa esto, exclamé. Mucho habia estrañado que tuviera Vm. páxarera, pero ahora entiendo lo que queria decir esta voz, y veo que quiere Vm. huéspedes y no cautivos. ¿Que llama Vm. huéspedes? respondió Julia, nosotros somos los suyos (1); ellos son aquí los amos, y les pagamos tributo, para que nos reciban alguna vez. Bueno es eso, repliqué, ¿pero como se han apoderado de este sitio esos amos? ¿por que medio se han reunido tantos moradores voluntarios? Yo nunca oi decir que se hubiera tentado cosa semejante, y no hubiera podido creer que fuese asequible si no tuviera la prueba adelante de mis ojos.

La paciencia y el tiempo, dijo el señor de Wolmar, han obrado este prodigio, dos medios en que raras veces piensan los ricos para sus deleytes. Siempre acuciados para gozar, los únicos agentes que conocen son la fuerza y el dinero; tienen páxaros en jaulas, y amigos por

(1) Esta respuesta no es exacta, porque la voz *huésped* es correlativa. *Huésped* es el hospedado y *huésped* el que hospeda.

tanto cada mes. Si una vez entraran criados en este sitio, en breve veria Vm. desaparecer los páxaros, y si ahora son tantos es porque siempre los ha habido. No se hace que vengan cuando no los hay, pero cuando los hay es fácil atraer otros satisfaciendo todas sus necesidades, no asustándolos nunca, dejándolos criar sus hijos sin incomodarlos, y no cogiéndoselos, porque así los que hay se quedan, y los que vienen se quedan tambien. Aunque separado del vergel ya existia este bosquecillo; Julia le metió dentro cercándole con un vallado de zarzas, quitó la que le separaba, le ha agrandado, y le ha hermoseedo con nuevas plantaciones. A izquierda y derecha de la calle que allá lleva ve Vm. dos espacios llenos de una confusa mezcla de hierbas, paja y todo género de plantas. Cada año hace sembrar trigo, mijo, girasol, cañamo, arvejas (1), y en general todos los granos que gustan á los páxaros, y no se coge nada. Ademas de esto casi todos los dias en hibierno y verano, ella ó yo les traemos de comer, y cuando no lo hacemos, por lo comun suple por nosotros la Paca. Tienen

(1) Algarroba.

el agua á dos pasos, come Vm. ve, y mi muger cuida hasta de que hagan sus nidos. Con la proximidad de materiales, la abundancia de víveres y el mucho esmero que se pone en apartar de aquí todo enemigo (1), el sosiego imperturbable que disfrutan los excita á poner en este parage cómodo donde no les falta nada, y ninguno los perturba. De este modo la patria de los padres tambien es la de los hijos, y se conserva y multiplica la poblacion.

¡Ha, dijo Julia, ahora no ve Vm. nada! cada uno no piensa mas que en sí propio, pero los esposos inseparables, el zelo de los cuidados domésticos, la terneza paterna y materna, todo eso lo ha perdido. Dos meses hace que era cosa deliciosa hallarse aquí para que gozara la vista del espectáculo de mas embeleso, y el corazon del afecto mas dulce de la naturaleza. Señora, le repliqué muy triste, Vm. es esposa y madre, y esos son deleytes que está en estado de disfrutar. Congiéndome entónces la mano el señor de Wolmar, y apretándomela, me dijo: Vm. tiene amigos, y estos amigos tienen hijos,

(1) Los Lirones, las ratas, los mochuelos, y sobre todo los muchachos.

¿ como puede serle ageno el afecto paternal? Miré y miré á Julia, ámbos se miraron, y me volvieron una mirada tan cariñosa, que abrazándolos, á uno y á otro les dije enternecido: tanto cariño como Vm. les tengo yo. No sé porque efecto tan raro puede una palabra mudar así una alma; pero desde este punto me parece el señor de Wolmar otro hombre, y ménos veo en él el marido de la que tanto quise, que el padre de dos criaturas por quienes diera mi vida.

Quise dar la vuelta al estanque para contemplar mas de cerca este tan grato albergue, y sus pequenuelos moradores; pero me detuvo la señora de Wolmar. Nadie va á perturbarlos, me dijo, en su domicilio, y Vm. es el primero de nuestros huéspedes que hasta aquí he traido. Cuatro llaves hay de este vergel; mi padre y nosotros dos tenemos cada uno la suya. Paca, como inspectora, tiene la quarta y trae algunas veces á mis hijos; favor cuyo precio se aumenta con la mucha circunspeccion que de ellos se exige miéntras están aquí. Gustin tampoco entra nunca sino con uno de los quatro, y este en pasándose los dos meses de primavera en que es útil su trabajo no entra casi nunca, y

todo lo demas lo hacemos nosotros. De suerte, le dije, que de miedo de que fuesen esclavos los páxaros, se han constituido Vms. los suyos. Esa sí, me replicó, que es la expresion de un tirano, que nunca cree que disfruta de su libertad, como no perturbe la de los demas.

Cuando ya nos poniamos en camino para volver tiró el señor de Wolmar un puñado de cebada al estanque, y vi que acudian á comérsela algunos pececillos. Ola, ola, dige al instante, aquí tenemos cautivos. Sí, dijo, son unos prisioneros de guerra á quienes se les ha perdonado la vida. Sin duda, añadió su muger. Poco tiempo hace que robó la Paca en la cocina unas bogas que se trajo aquí sin que yo lo supiera, y las dejé por no desazonarla, porque mas vale todavía que esté un poco de pescado alojado ménos á sus anchuras que de dar un disgusto á una buena muger. Tiene Vm. razon, respondí, y no es tanta la desgracia de este en verse libre de la sarten á este precio.

¿ Y bien que le parece á Vm. me dijo, cuando nos volviames; ¿ está Vm. todavía al cabo del mundo? No, dije, que me ha sacado Vm. de él, y me ha llevado efectivamente á los campos eliseos. Bien merece esa burla, dijo el

señor de Wolmar, el pomposo nombre que á este vergel ha dado. Alabe Vm. moderadamente juegos de niños, y considere que no han distraído un punto de los cuidados de madre de familias. Ya lo sé, repliqué, y estoy muy cierto de eso; pero en este género los juegos de niños me agradan mas que las tareas de los hombres.

Sin embargo hallo aquí una cosa, continué, que no puedo comprender, y es que un sitio tan diferente de lo que era no puede haber mudado así sin cultivo y trabajo; no obstante en parte ninguna descubro el menor vestigio de cultura; todo está verde, lozano, vigoroso, y no se columbra la mano del jardinero; nada desmiente la idea de una isla desierta, que cuando entré me ocurrió, y no distingo huella ninguna humana. Ha! dijo el señor de Wolmar, eso es porque ha habido mucho cuidado en borrarlas. Yo he sido muchas veces testigo, y algunas cómplice de la picardía. Se siembra heno en todos los sitios trabajados, y en breve esconde la hierba los vestigios del trabajo; por el invierno se echan algunas cargas de estiércol en los sitios áridos y estériles, el estiércol se come el musgo, aviva la hierba y las plantas,

los mismos árboles se aprovechan, y no se conoce por el verano. En cuanto al musgo que cubre algunas calles, nos ha enviado de Inglaterra milord Eduardo el secreto de hacerle prender. Estos dos lados, siguió, estaban cerrados con tapias; las tapias se han cubierto no con espalderas, sino con arbustos espesos que hacen que los confines del vergel se cree que son el principio de un bosque. Por los otros dos lados hay plantados fuertes vallados vivos, bien guarnecidos con arces, espinos blancos, acebos, alheñas, y otros arbustos mezclados que les quitan el aspecto de valladas y los dan el de un monte tallar. Nada ve Vm. alineado, nada nivelado, nunca entró el cordel en este sitio, porque la naturaleza nada planta á cordel; en su fingida irregularidad están vueltas con revueltas con tal arte dispuestas que alargan el paseo, esconden las riberas de la isla y agradan su estension aparente, sin dar incómodos y muy frecuentes rodeos (1).

(1) De suerte que no se trata de bosquecillos tan ridiculamente retorcidos que no se puede andar como no sea de lado, y á cada paso es menester dar una vuelta al rededor.

Contemplando todo esto me parecía que era cosa extravagante emplear tanto trabajo en disimular el que se había empleado: ¿no hubiera valido mas no emplear ninguno? No obstante todo cuanto hemos dicho á Vm., respondió Julia, evalúa el trabajo por sus efectos, y se engaña. Todo cuanto Vm. ve son plantas agrestes y robustas que basta con plantar en la tierra para que ellas crezcan por sí propias. Parece por otra parte que se complace la naturaleza en esconder á los ojos humanos sus verdaderos atractivos, que los mueven muy poco, y que desfiguran cuando están cerca de ellos. La naturaleza huye los lugares cultivados; en la cima de los montes, en la espesura de las selvas, en las islas desiertas, es donde hace alarde de sus mas atractivos embelesos. Los que con ella se agradan y no pueden ir á buscarla tan léjos se ven precisados á violentarla, á forzarla en algun modo á que venga á habitar con ellos, y no puede hacerse todo esto sin algo de ilusion.

Al oír estas palabras me ocurrió una idea que los hizo reír. Me figuro, les dije, á un rico de París ó Lóndres, que dueño de esta casa, se trae consigo á un arquitecto que paga muy caro para desfigurar la naturaleza. ¡ Con que desden

entraria en este sencillo y mezquino parage! ¡ con que desprecio haria arrancar todas estas frioleras! ¡ que bien alineado quedaria todo! ¡ que bellas calles haria plantar! ¡ que hermosos pies de gallo, que hermosos árboles formando quitasoles y abanicos! ¡ que preciosos enrejados, y que bien cincelados! ¡ que bellos planteles de box bien dibujados, bien perfilados, bien cuadrados! que ayrosos bolingrines de cespéd fino de Inglaterra, redondos, cuadrados, sesgados, ovalados! ¡ que bellos tejos en figura de dragones, de pagodas, de muñecos, de todo género de monstruos! ¡ que bonitos vasos de bronce, y que bonitas frutas de piedra para adorno de su jardin!..... (1). Cuando todo eso esté ejecutado, dijo el señor de Wolmar, habrá hecho un sitio muy hermoso adonde irá la gente raras veces, y de donde saldrán siempre lo mas presto que puedan á buscar el campo; un sitio

(1) Estoy persuadido á que dentro de poco no se hallará en los jardines nada de cuanto se encuentra en el campo; no habrá ni plantas ni árboles; y solo se verán flores de porcelana, marrachos, enrejados, arenas de todos colores, y hermosos vasos llenos de ayre.

triste donde nadie se pasará, pero por donde pasarán para ir á pasearse, en vez de que en mis correrías campestres, muchas veces me vuelvo á priesa á mi casa para venir á pasearme aquí.

En esos terrenos tan vastos y con tanta riqueza adornados solo veo la vanidad del propietario y el artista; que ansiosos siempre de hacer alarde uno de su opulencia y otro de su habilidad, trabajan á mucha costa en causar hastio á quien quisiere disfrutar de sus afanes. Sus gustos los acibara una falaz pasión, que no es propia del pecho humano, de desmedida grandeza. Siempre es tistre el aspecto de la grandeza, porque excita la idea de la pequenez del que le presenta. En mitad de sus cuadros de flores, y sus vastas calles de árboles, el individuo no se agrada; le cubre un árbol de veinte pies lo mismo que uno de sesenta (1),

(1) También debería decir algo del mal gusto de chapodar ridículamente los árboles, para que se alcen hasta las nubes, privándolos de sus frondosas copas, de su sombra, apurando su sabia, y estorbándolos que se robustezcan. Verdad es que este método da leña á los jardineros, pero se

nunca ocupa arriba de tres pies de espacio, y como un arador, así desaparece en sus inmensas posesiones.

Otra pasión hay directamente contraria á esta, y todavía mas ridícula, porque ni siquiera permite gozar del paseo para que fueron destinados los jardines. Ya entiendo, le dije, la de aquellos necios curiosos, aquellos mezquinos floristas que se quedan pasmados al mirar un ranúnculo y se hincan de rodillas delante de una tulipa. Con este motivo les conté, Milord, lo que me habia sucedido en Lóndres en aquel jardín donde nos introdujeron con tanto aparato, y donde vimos brillar con tanta pompa todos los tesoros de Holanda encima de cuatro cargas de estiércol. No olvidé la ceremonia del quitasol y la varita con que me honraron á mí indigno, como á los demas espectadores. Les confesé humildemente como habiendo querido

la quita al país que no la tiene de sobra. Diríase que la naturaleza en Francia es de otra especie que en todo lo demas del mundo, tanto se esmeran los Franceses en desfigurarla. Los parques están plantados de luengas pèrsigas; son selvas de mastiles, ó de cañas de maiz, y se pasea uno en mitad de un bosque sin hallar sombra.

echarlo tambien de inteligente, y aventurar mi elogio de una tulipa cuyo color me pareció vivo, y elegante su forma, se mofaron, me huchearon, y me silbaron todos aquellos sabios, y como el profesor del jardin pasando del ménosprecio de la flor al de su panegirista, no se dignó de mirarme siquiera en toda la tarde, y pienso, añadí, que sintió mucho el ver profanados su quitasol y su varita.

Esta aficion, dijo el señor de Wolmar, cuando en mania degenera tiene un no sé que vanidoso y mezquino, que la hace pueril y ridículamente costosa; la otra tiene á lo ménos nobleza magnificencia y cierta especie de verdad: ¿pero que significa el valor de una cebolla ó una raiz que á veces está royendo ó destruyendo un insecto, miéntras que la están ajustando ó él de una flor lozana á medio dia y marchita ántes de ponerse el sol? ¿que es una belleza de convencion, que solo para los ojos de los curiosos es sensible, y que solo es belleza porque quieren que lo sea? Puede venir tiempo de que se pida en las flores todo lo contrario de lo que hoy se busca, y con la misma razon que ahora; entónces será Vm. el docto á su turno, y su curioso el ignorante.

Todas estas mezquinas observaciones que degeneran en estudio no convienen al hombre racional que quiere que tenga su cuerpo un ejercicio moderado, ó que se desahogue su espíritu en el paseo conversando con sus amigos. El destino de las flores es divertir de paso nuestras miradas, y no el ser objeto de una menuda anatomía (1). Mire Vm. cual brilla por todas partes en este vergel su reyna, empapando en aromas el ayre, hechizando los ojos, y sin que cueste así cuidado ni cultivo. Por eso la desdenan los floristas; la naturaleza la hizo tan bella que no es posible añadir á ella hermosuras de convencion, y no pudiendo atormentarse en cultivarla, nada hallan que los halague. El error de los pretensos hombres de gusto es querer arte en todas partes, y no estar satisfechos si no se deja ver el arte miéntras que consiste el gusto sano en ocultarle, especialmente cuando se trata de las produccio-

(1) No habia reflexionado bien acerca de esto el sabio Wolmar. ¿El, que tan bien observaba á los hombres, tan mal observaba á la naturaleza? ¿no sabia que, si es grande su Autor en las cosas grandes, es grandísimo en las pequeñas?

nes de la naturaleza. ¿Que significan esas calles tan derechas, tan bien enarenadas que sin cesar se encuentran, y esas estrellas con las cuales en vez de ensanchar á los ojos el tamaño de un parque como se imaginan, no se hace otra cosa que manifestar con torpeza sus límites? ¿se halla en los bosques arena de ríos? ¿ó descansa el pie con mas blandura en esta arena que en el musgo ó en la menuda hierba? ¿gasta sin cesar la naturaleza escuadra y regla? ¿tienen miedo de que se la reconozca en algo, no obstante su afan en desfigurarla? Finalmente, ¿no es cosa graciosa que como si estuvieran ya cansados del paseo desde que salen á pasearse afecten plantarle en línea recta para llegar ántes á la meta? ¿no parece que toman el camino mas corto, porque mas bien que un paseo emprenden un viage, y tienen priesa por concluirle desde el punto que le empiezan?

¡Pues que hará el hombre de gusto, que vive por vivir, que sabe disfrutar de sí propio, que aspira á sencillos y verdaderos contentos, y que quiere tener un paseo á la puerta de casa! Le hará tan cómodo y tan agradable que pueda gozar de él á cualquier hora del dia, al mismo

tiempo tan sencillo y natural que no parezca que ha hecho nada. Reunirá agua, verdura, sombra y frescor, porque tambien la naturaleza reúne todas estas cosas. No pondrá simetría en nada que es contraria de la variedad la naturaleza, y se parecen tanto todas las calles de un jardin ordinario que siempre cree uno que está en la misma: despejará el terreno para pasearse con comodidad, pero no serán siempre exactamente paralelos los dos lados de sus calles, no será siempre su direccion en línea recta, y tendrá un no sé que incierto, como el andar de una persona ociosa que va á un lado y á otro paseándose. No se cuidará de descubrir desde léjos hermosas perspectivas; la aficion á los puntos de vista, y las lontananzas procede de la propension que la mayor parte de los hombres tienen á no hallarse con gusto sino donde no están; siempre anhelan por lo que está distante de ellos; y el artista que no acierta á contentarlos con lo que está inmediato toma este recurso para divertirlos; pero al hombre de quien hablo no le agita semejante inquietud, y cuando se halla bien donde está, no se cura de estar en otra parte. Aquí por ejemplo no sale la vista del parage y está uno muy satis-

fecho con esta coartacion, porque quisiera persuadirse á que todos los embelesos de la naturaleza están en este punto encerrados, y me temería que la menor escursion de la vista afuera privara de mucha delicia este paseo (1). Por cierto que todo aquel que no guste de pasar los dias hermosos en sitio tan sencillo y ameno,

(1) No sé si se ha probado alguna vez dar á las largas calles de una estrella una ligera curvatura, de suerte que no pueda la vista alcanzar enteramente al fin, y que se esconda al espectador el extremo cpuesto. Verdad es que se perdería el recreo de los puntos de vista; pero se grangearia la ventaja tan apreciable para los propietarios de que agrandase á la imaginacion el sitio donde uno se encuentra, y en medio de una estrella bastante reducida se creeria uno en un inmenso parque. Tambien estoy persuadido á que sería el paseo ménos fastidioso, aunque mas solitario, porque todo cuanto deja juego á la imaginacion excita ideas, y da pábulo á la inteligencia. Pero los fabricantes de jardines no son gentes que entiendan de esas cosas. ¡Cuantas veces se les caeria en un sitio rústico el lapicero de las manos, como á Le Nostre en el parque de San James, si supiera como él que es lo que á la naturaleza infunde vida, y á su espectáculo interes!

ni tiene puro el gusto ni sana el alma. Confieso que no es para llevar á el en pompa á los forasteros; pero en cambio puede uno deleytarse en él, sin enseñarsele á nadie.

Señor, le dije, á esos sujetos tan ricos que plantan tan hermosos jardines les asisten poderosas razones para que no gusten de pasearse solos ni de entrar en cuentas consigo propios, por eso hacen muy bien en pensar en esta parte solo en los estraños. En cuanto á lo demas en la China he visto jardines como Vm. los quiere, y hechos con tanta arte que no se distinguia el arte, pero de modo tan dispendioso, y que costaba tanto el mantenerlos, que sola esta idea me privaba de toda la satisfaccion que hubiera podido tener en verlos. Habia rocas, grutas, cascadas artificiales en sitios llanos y arenosos donde solo agua de pozo se encuentra; flores y plantas raras de todos los climas de la China y la Tartaria reunidas y cultivadas en un mismo suelo. No se veian á la verdad ni hermosas calles, ni distribuciones regulares, pero sí se veian acinados con profusion los portentos que solo desparramados y separados se encuentran; presentábase la naturaleza bajo mil semblantes diversos, y todo junto no era